Virus

Ce Acosta

Capítulo 1

Estoy pensando en ti. Todos estos meses he pensado en ti cada maldito día. Dijiste que te irías, que te irías definitivamente, pero no puedes irte de mi cuerpo. Eres como un virus letal, al principio parecías solo un malestar que con un poco de buen sueño y una que otra sopa de fideos se iría, pero fue peor. Empezaste a atormentarme cuando estaba dormida, aparecías en cada uno de mis sueños, eras como un Freddy Krueger que me obligó a hacer todo lo posible para evitar dormir, pero ojalá sólo aparecieras en mis sueños. La enfermedad empeoró y originó una especie de delirio delicioso, comencé viéndote en el bullicio de gente que había en el tráfico de la ciudad, cada persona que no tenía ninguna característica física que se asemejara a las tuyas las veía exactamente igual a ti. Desde entonces no sentí más deseos de salir, no quise encontrarte en los rostros de personas que jamás había visto, no quise verte despreocupado, no quise oír tu risa ni tu voz tan distante a mis recuerdos, no quise verte ignorando mi existencia, no quise saber que en algún lugar estaba el verdadero tú, tan ajeno a la situación tan desagradable que estaba viviendo.

La enfermedad siguió su curso, con el paso del tiempo sólo se vuelve más insoportable. De vez en cuando, sin motivo alguno, me llegan recuerdos de ti y en mi pecho se desliza un sentimiento cálido de profundo cariño que solo se queda en mi cuerpo por unos segundos, luego me invade una tristeza descomunal e insoportable que trae con ella intensos espasmos de llanto ácido que llegan a durar horas. Estos episodios, al principio los podía controlar, podía esperar algún tiempo hasta que me quedara sola, pero en estos momentos me es imposible, el dolor se vuelve tangible, quema y destroza mis entrañas. Después está el síntoma más horrible de la enfermedad; el autodesprecio. Sin quererlo, en cualquier momento me encuentro a mi culpándome de que te hayas ido, me empiezo a odiar porque es mi responsabilidad que ya no estés aquí. Una ira blanca me engulle desde adentro al percatarme de la realidad tan despiadada que nos ha vuelto seres tan frágiles y pueriles. Los días se vuelven una repetición del mismo, es como si desde que te fuiste solo se repite ese día, solo soy capaz de experimentar el desasosiego que sentí ese día. Pocos son los momentos que obtengo de lucidez, me atrevo a admitir que se han vuelto casi inexistentes. Algunas veces vomito cantidades de odio que lo único que logran dejarme vacía y débil, además de culpable. Ay, esa es la peor parte, la culpabilidad. Es un sentimiento terrible y lacerantes que no me ha abandonado desde que te fuiste, es una especie de demonio que se ha abierto camino hacia mis entrañas y se quedó atenazado a mi estómago como un tumor doloroso. Sinceramente, no sé lo que es vivir sana desde hace meses, perdí la cuenta del tiempo que ha transcurrido desde que me encuentro en este estado. Me he mantenido tomando todos esos analgésicos que me alivian por horas, quizá días, pero te juro que cada vez que pasa el efecto el dolor en el pecho es

mucho peor. Como si estuvieras castigándome por intentar reemplazarte, por hacer el torpe intento de olvidarte.

El desespero por encontrar la cura me ha llevado a la medicina experimental, he intentado con Dios, con la meditación, incluso con las oraciones. Nada funciona.

Y ojalá la enfermedad fuera realmente mortal, pero sé que al final no habrá una muerte tangible, tu cadáver quedará pudriéndose en mi interior y pesando como una losa fría en el centro de mi alma mutilada. Quizá dejes de dolerme tú, como persona, pero los daños colaterales de la enfermedad me joderán toda la vida. El miedo a ser contagiada de nuevo, los ataques de ansiedad con los que tendré que lidiar ante la posibilidad de hacer las cosas mal con alguien otra vez, el terror a volver a conocer a otra persona y que después de hacerme sentir todos aquellos preciosos sentimientos, decida morderme el corazón y escupirme los pedazos en la cara. Me voy a recuperar de ti, pero las consecuencias van a estar conmigo mucho más tiempo.

Pero tú sabes más que yo sobre esto, antes de ser la enfermedad fuiste su víctima. Antes de ser el virus, fuiste el enfermo.